



Círculo Rojo
EDITORIAL

ENTRE EL CIELO
Y ELLA

ENTRE EL CIELO Y ELLA



SIDNEY VALDEZ

Primera edición: Septiembre 2021

ISBN: 978-84-1111-636-7

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Sidney Valdez

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Para mis increíbles lectores y lectoras.
Siempre creí que nadie amaría a Bruno tanto como yo.
Gracias por demostrarme que estaba equivocada.

PRÓLOGO

Mi mamá está enojada. Mi papá también. Luis está leyendo un libro como si no se diera cuenta de lo que pasa y Mateo está jugando con un cubo de plástico, lo golpea tan fuerte contra el suelo que no me deja escuchar, el suelo es de madera, el ruido me molesta. Me molesta no poder escuchar lo que mi mamá le grita a mi papá en la sala. Miro a mis hermanos y parece que soy el único que se da cuenta de que ellos están peleando otra vez. Mateo es pequeño, quizá no se da cuenta, pero Luis, sí. Escucho que en la sala de estar hablan más bajo y creo que dejarán de pelear. Me concentro en escuchar, pero no es fácil.

El papel tapiz de mi habitación es feo. Una de las paredes está cubierta de imágenes de nubes. El fondo es azul, azul claro. Me gusta el azul, pero odio el tapiz de la pared. Giro sobre mi estómago y me arrastro hacia la pared. Una esquina del tapiz feo se está despegando, la jalo con mis dedos y veo cómo se arranca. Abajo, la pared es de color blanco. Arrancar el papel tapiz me entretiene un rato. El papel de nubes es de bebés. Yo no soy un bebé; Mateo, sí. Mateo apenas habla, me llama Buno.

—¡Estoy harta de ti! —El grito de mi mamá me acelera el corazón.

Mateo levanta su cabeza y dirige su mirada hacia la puerta, como si el grito de mi mamá lo hubiera desconcentrado. Luis sigue con su libro como si el mundo no importara.

—Ven aquí, ya es tarde. —Me levanto del suelo y tomo a Mateo de los hombros.

En nuestra habitación no hay mucho más que tres camas individuales. Dirijo a Mateo a su cama y lo tapo hasta el cuello.

—Duérmete. — Corro a mi cama y me meto bajo las cobijas, como si el suelo fuera peligroso.

Mi mamá sigue molesta. Me pongo a pensar en mi día, en lo que hice. Pienso en la casa de mis abuelos y que los veré el fin de semana; en su casa no hay papel tapiz de bebés y puedo dormir en una habitación solo, si quiero. Me gusta estar con ellos. Mi pecho deja de respirar rápido y me da sueño. Escucho de fondo el clic del interruptor de luz y a Luis poner su libro en una mesa de madera, junto a su cama.

—Buno... —La voz de Mateo hace que abra uno de mis ojos. Luis está despierto, pero no responde—. ¿Buno?

—Duérmete, Mateo, es tarde. —Hablo y espero unos segundos a que responda para poder dormir.

—Ven. —Estira sus manitas en mi dirección. Las abre y cierra pidiéndome que me acerque. Puedo ver que de verdad está asustado. Mateo solo tiene 2 años, pero habla las palabras suficientes para hacerse entender.

—Tengo sueño. —Luis está enojado.

Me levanto y corro a la cama de Mateo, lo abrazo y nos envuelvo en las cobijas. Mateo se duerme en unos minutos. La habitación está en silencio. No se escucha nada hasta que abren la puerta y los pasos de mi mamá llegan a la cama de Mateo. Se sienta junto a nosotros y me acaricia la espalda. Siento escalofríos.

Quiero decirle que me asustó y que dejen de pelear, que es tarde y debo dormir, que me molestan sus gritos. Quiero preguntarle si también está harta de mí, pero no lo hago, estoy cansado y no quiero hablar con ella, siento ganas de gritar cuando ella está cerca. Ella

está llorando muy bajito. La alcanzo a escuchar porque todos están dormidos. Me quedo callado hasta que ella se va. Entonces abrazo más fuerte a Mateo y me duermo.

—Bruno. —Chasquearon los dedos frente a mis ojos y tuve que enfocar mi vista.

Cecilia estaba mirándome como si algo en mi cara le molestara.

—¿Escuchaste lo que te dije? —No tuve tiempo de decirle que no, empezó a hablar—. Es una fuente de ingresos, deja de cuestionar lo que hago.

En un segundo recordé lo que estaba diciendo antes.

—¿Has pensado en lo estúpido que es alquilar la casa? —La observé molesto. Estaba harto, sus decisiones me tenían cansado.

—Bruno, tranquilízate, ninguna de estas personas es asesino en serie; además, dudo que alguien planeé hacerles daño con el simple hecho de verte la cara. —Me señaló.

—La idea de esta cara es que nadie quiera alquilar mi casa. —Enfaticé ese «mi».

—Seguiré esperando solicitudes. —Levantó sus hombros, mandándome directo al carajo.

—No hay solicitudes. Deberíamos simplemente quitarla de internet, es una idea estúpida. —Ella no respondió. Estaba con su vista fija en la pantalla de su celular.

Continué ignorándome. Salí de la cocina y troté al patio para regresar a mi trabajo.

La noche anterior me había tomado el tiempo de eliminar las tres solicitudes para alquilar la casa que habían aparecido. Eran dos hombres y una familia. No estaba interesado en tener desconocidos en mi propiedad. Cecilia era inmadura y pensaba muy poco en las consecuencias, no se había tomado el tiempo de pensar que podrían lastimar a mi abuela. Debía recordar volver a eliminar todas las solicitudes esa noche, no eran muchas.

Ese día fue aburrido. Lo más interesante fue cuando revisé mi celular y tenía dos mensajes de Alison: qué decepcionante. La conocía desde siempre, había sido muy cercana a mis primos, no tanto a mí. En los últimos meses ella parecía tener interés en una relación, pero era Alison, ella tendría una relación con quien la tratara con cariño, era demasiado fácil. Yo no tenía interés en nadie, y no debía tenerlo.

—¡BRUNO!

El grito retumbó en cada esquina de la hacienda. Solo unos segundos más tarde la puerta trasera se estrelló contra el marco de madera. A veces pensaba que mi paciencia era una liga que debía estirar, pero Cecilia hacía hasta eso malditamente difícil.

—Llegaron todos, arréglate. No digas que tienes trabajo, nunca tenemos tiempo de reunirnos, hoy estamos todos juntos. Así que apúrate. —Aplaudió con cada sílaba y me sentí como perro. Iba a decir algo, pero cerré la boca.

Compadecía al que se casaría con ella ese año. Dejé el trabajo, me di una ducha y bajé las escaleras, solamente para que Cecilia no regresara a aplaudirme como animal. En nuestra cocina estaban las cuatro personas de siempre: Cecilia, Marcos, Mateo y Camila. Éramos cinco, eso me gustaba.

—Hablábamos de la época en la que estabas con la rubia tonta, ¿recuerdas? —Cecilia negó con la cabeza mientras se reía. Era

la expresión que hacía siempre que desacreditaba a alguien. La hacía muy seguido cuando yo salía con alguien.

Mi mente viajó a todas las veces en las que ella me hizo esa expresión, además de verme con mujeres que no eran de su agrado. Le molestaba que en los últimos años nadie había merecido mi tiempo en una relación. Ella no entendía que mi vida no estaba lista para recibir a nadie. Si había alguien que estuviera dispuesta a esperar que mi vida se acomodara, quizá merecía mi tiempo.

Las risas de fondo se hicieron murmullos y el resto rápidamente se enfocó en otra conversación. Mateo comenzó a narrar por millonésima vez cuando me ganó en un videojuego y él aseguraba que lloré. Era una puta mentira, pero lo dejé contar.

—Alison quería venir —Cecilia susurró, cerca de mí—. Le dije que no. La última vez estuviste ocupado en el trabajo y ella estuvo sola. Sabes qué significa eso.

Alison estuvo atada a ella como un grillete. Tuve que escuchar sus quejas durante tres días seguidos.

—No había razón para que estuviera sola. Todos son sus amigos, podía hablar con cualquiera.

—Sí, pero ella quería hablar contigo. —Las cejas de Cecilia se juntaron hasta casi rozar entre sí. Cuando relajó su expresión rodó los ojos.

Me reí por su expresión. Ellas solían ser amigas hasta que yo salí con Alison y Cecilia decidió que no la quería más. Aparentemente mi con quien cogía era de su incumbencia y se sintió ofendida de que fuera con una de sus amigas.

—No estoy interesado.

—Eso ya lo sé, solamente no seas cruel con ella.

—No lo soy.

«*Aún la quieres, Cecilia.*»

—Sean amigos —propuso—. Bruno, su vida no es fácil. Eres un idiota y ella una puta. —Aplaudió y levantó sus cejas como si acabara de presentar la mejor idea del mundo. Abrí la boca, pero no podía defenderme, lo que decía sobre mí era cierto—. Ustedes no encajan como pareja, pero no la lastimes, vivir su vida a diario es suficiente.

—Que salga lastimada no es mi decisión cuando ella viene y *se ofrece*, me busca. —Lancé los brazos al aire sin saber por qué estaba hablando de esto con ella—. No voy a salir con ella.

—Salgan.

Giré a verla, estupefacto. ¿No estaba entendiendo todo lo que le estaba diciendo?

—Solo como amigos, para que la convenzas de que lo mejor es que sean amigos. Quizá si sales con ella y hablan, ella se dará cuenta de que ustedes están mejor como amigos. Solo inténtalo.

—No lo sé.

—Mañana.

—No lo sé.

—Dile temprano para que tenga tiempo de arreglarse.

—¿No me escuchaste? —Levanté la voz y después la bajé, al ver que Marcos me estaba mirando.

—Bruno..., hazlo por mí. Es muy difícil estar en el centro de esta situación. Ella me cae bien, no tengo nada en su contra. Pero es difícil verlos, tú y ella son... —buscó las palabras durante

varios segundos mientras movía sus manos en el aire— un asco juntos.

Poner a Cecilia entre la insistencia de Alison y mi negativa era difícil para ella y, de alguna manera lo entendía. Yo no tenía ninguna intención de estar con Alison, nos conocíamos desde que apenas caminábamos. Salir a comer con ella no me mataría.

—Putra madre —bramé—. Solo una comida como amigos.

—Gracias, Bruno. —Me abrazó y palmeé su brazo en respuesta.

—No me pidas nada más, nunca.

Crear que ella respetaría eso. Era confirmar que estaba tan idiota como todos pensaban.

—¿Sabes que vas a pedir? —pregunté distraídamente. Alison estaba frente a mí con la vista fija en el menú.

—Aún no. Me impresionó que quisieras salir conmigo. Últimamente estas muy...

—Estoy muy ocupado en casa —me excusé.

Alison era hermosa y tenía un cuerpo perfecto, pero hablar con ella era aburrido. Se ofrecía a todos como si no supiera que verla era como ver una actriz porno, de una película de buen presupuesto. No necesitaba ofrecerse o arrojarse a los brazos de todos para llamar la atención, pero, aun así, lo hacía. La había visto pasar de un brazo a otro en fiestas. La mitad de los amigos de Mateo tenían fotos y vídeos de ella en su celular.

—Gracias por hacer esto, últimamente estoy sola. Mi papá se casó de nuevo y mi mamá se fue de la ciudad. Es difícil no tener con quién hablar, nunca imaginé que si mis papás se separaban me dejarían también a mí, como si me odiaran.

—Tus papas no te odian, Alison. —Seguí con la vista fija en el menú, esperando que ella cambiara de tema. Odiaba tener que escuchar problemas familiares. Sabía que era el menos adecuado para aconsejar a las personas en ese tema y siempre terminaba huyendo de esas conversaciones.

—Gracias. —Me sonrió y comenzó a hablar de su vida y las fiestas a las que había ido el fin de semana anterior. Dedicó la mayor parte de la tarde a asentir, escucharla y rechazar invitaciones a fiestas.

Salir con ella no fue tan difícil. Mientras conducía de regreso a su casa, esquivé dos propuestas de verla nuevamente esa semana y ella pareció entenderlo. Quizá Cecilia tenía razón, podíamos ser amigos si nos centrábamos en ello. Eso haría la vida más fácil.

—Gracias por salir conmigo hoy —dijo Alison. Cuando la dejé en su departamento, se acercó y me besó. No intentó más y agradecí no tener que rechazarla nuevamente

Podría acostumbrarme a eso, podíamos ser amigos que cogen. Pero sabía que Alison iba más en serio que eso y, por mucho que odiara el pensamiento, no podía salir con alguien que había cogido con todos mis amigos. Miré su trasero mientras ella caminaba hacia su departamento. Podría jurar que tenía un cuerpo de bailarina de tubo. De esas por las que se paga doble.

Estacioné en la entrada de mi casa y al entrar me encontré con Cecilia, sonriendo tanto que en las esquinas de sus ojos se formaban arrugas.

—Adivina qué pasó. —Me sonrió. Mi mente pensó en todas las posibilidades para que ella tuviera una sonrisa fanfarrona.

—¿Qué hiciste?

—Yo no hice nada, fue el destino. Estaba decidida a quitar el anuncio de internet si no recibíamos algún aviso en las siguientes dos semanas.

—¿Y? Deberíamos quitarlo ya. —contesté irritado.

—No, hoy nos contactó alguien. ¡Alquilaron una habitación para cuatro semanas!

PUTA MADRE. Había olvidado borrar los mensajes de la noche anterior. ¿Cómo había ocurrido eso?

—¿Quieres saber su nombre?

—No quiero saber nada. Asegúrate de decirle lo mal dueño que soy de la hacienda y lo mal que podría tratar a los inquilinos. No quiero a esa persona merodeando en mi propiedad.

Caminé fuera de la hacienda. No sabía quién era el estúpido que había alquilado mi casa durante cuatro semanas, pero ya lo odiaba. ¿No tenía otro lugar en el cual quedarse, una casa propia, un hotel, un maldito hostel?

CAPÍTULO 1

—Significa tener a un desconocido aquí durante semanas, abuela. Quizá deberíamos duplicar el precio, quizá estamos alquilando muy barato. La hacienda no está nada mal. —Señalé alrededor. Cuando volví a ver su cara me di cuenta de que no me estaba prestando atención.

—Bruno, ¿no te emociona que alguien se quede aquí? Ya no estaremos solos. —Odiaba cuando usaba el argumento de sentirse sola, porque sabía que era cierto—. Pasé de tener una casa llena de hijos a tenerte solo a ti y a Cecilia a veces. Necesito más personas para sentirme viva.

—Abuela...

—Bruno, todo estará bien —me intentó consolar, pero ahora me daba más miedo que mi abuela se encariñara demasiado con alguien que estaría solo unas semanas.

Era consciente de lo grande que era esa casa solo para nosotros dos, pero alquilarla para desconocidos mientras nosotros vivíamos ahí era excederse. Sentía como si ya no fuera mi casa.

Los siguientes días pasaron con Cecilia entrando y saliendo de mi casa, hablando de su boda y en muchas ocasiones de nuestro futuro inquilino de cuatro semanas. Cada vez que la conversación se centraba en mi casa prefería salirme de la habitación, fingir que estaba haciendo algo importante o incluso ir por Alison. Había estado con ella muchas veces esa semana.

—Me alegra que me llamas. —Alison subió al auto con una falda muy corta—. ¿Qué haremos?

—No sé.

La había llamado porque me irritaba estar en casa y escuchar sobre personas invadiendo mi privacidad. El trabajo ese día había acabado muy temprano y, por más que amaba mi propiedad, revisar tres veces la siembra, para no escuchar del inquilino, no figuraba en la lista de cosas que me emocionaban.

—Hoy fue un día horrible —se quejó mi distracción.

Conduje por la ciudad mientras ignoraba exitosamente a Alison. Era jodidamente guapa, pero escuchar sus conversaciones de cómo iba su trabajo y sus indirectas para que tuviera algo en serio con ella no me interesaba. Ella era agradable de ver, pero no de escuchar. Solo quería entretenimiento unas jodidas horas.

—¿Cómo estuvo tu día? —Acaricié mi brazo de inicio a fin.

—Tendremos un inquilino durante algunas semanas.

—¿En serio? ¡Qué emocionante!

—Aún no le encuentro lo emocionante —contesté irritado de que mi distracción mostrara emoción por lo que a mí me molestaba.

—¿A qué vendrá tantas semanas? —comenzó.

—No lo sé. ¿Qué tal si nos distraemos en algo más? —propuse al ver que no se callaría, y ya había comprobado que su cuerpo me distraía más que sus ideas.

La acerqué a mí y me dispuse a olvidarme durante un rato del maldito inquilino. Alison tenía un lunar en el cuello, me gustaba.

La senté sobre mí y lo observé, mientras dejaba que ella hiciera lo demás, era su área.

—¿Dónde estabas? —me preguntó Cecilia en el momento en el que entré por la puerta.

—Haciendo cosas, nada importante.

«Me cogí a tu amiga, que ya no es tu amiga.»

—Necesito que limpies la habitación que has estado usando como almacén para cuando llegue...

—¿El inquilino? —la interrumpí.

Ella asintió, emocionada.

—Lo hare mañana. Buenas noches.

Corrí al segundo piso para encerrarme en mi habitación, no tenía ganas de hablar con ella o nadie más.

—Buenos días, dormilón. Son las cuatro de la mañana. ¡Despierta!

Cecilia estaba recargada en mí. La observé con odio. Despertar por tener cincuenta y cinco kilos encima era otro nivel de molestia.

—¿Qué haces despierta? ¡Vuelve a dormir!

—No puedo, me desperté al baño y pensé sobre la boda y todas las cosas que debo hacer antes. No estoy segura sobre las modificaciones que necesita el patio.

—Falta mucho, vete a dormir.

—Bruno, estoy muy asustada, en verdad... Necesito hablar con alguien.

—Y yo necesito dormir, no todos obtenemos lo que queremos siempre.

—Voy a ordenar tu habitación.

Cecilia estaba pasando mucho tiempo en la hacienda desde que tuvo la estúpida idea de alquilarla. Regularmente la veíamos cada semana, ahora era casi todos los días. Mi mente entendió, después de unos minutos de escucharla mover cosas por mi habitación, que dormirme nuevamente no tenía sentido. Entré a la ducha aún irritado por la manera en la que me desperté. Mientras el agua caía sobre mi cabeza no podía más que pensar en lo horribles que serían las siguientes semanas, cuando el inquilino llegara y ella quisiera estar en casa todos los días. Compadecía a su novio, de verdad lo hacía.

Cuando Marcos me dijo que le pediría matrimonio, meses atrás, estuve feliz. Habían salido durante años, desde adolescentes, todo parecía estar perfecto para ellos. Yo nunca tuve eso y probablemente nunca los entendería, pero parecía que ellos estaban... bien juntos.

Siempre había fantaseado con quedarme en Argentina, encontrar a alguien que estuviera interesada en quedarse conmigo, mientras yo me hacía cargo del lugar y de mi abuela. No había encontrado a alguien que me interesara y cumpliera mis requisitos de quedarse en la zona, salvo quizá... No, mi distracción no contaba porque era mi distracción y uno no se enamora de la mujer que está usando para olvidarse de los problemas. Yo no veía a Alison de esa manera y nunca podría, ella tenía demasiados problemas.

No me podía concentrar. Había desayunado con mi abuela en automático y ahora estaba haciendo lo mismo en el trabajo, estaba pensando cosas sin sentido, como si estuviera buscando llenar mi cabeza de estupideces para distraerme. Luché por concentrarme y terminé golpeándome el brazo con la puerta, tan fuerte que mi celular salió volando de mi mano al suelo. Si necesitaba una señal para volver a la cama, esa era.

Cuando saqué la mayoría de mis pendientes ese día y el sol comenzó a caer, regresé a la casa. Había dormido menos de cuatro horas y necesitaba recuperarlas. Me lancé en mi cama, mis párpados estaban pesados y mi cabeza dolía. No supe cuando me quedé dormido, pero no debí tardar mucho.

Luis le pregunta a mi papá por mi mamá. Yo sé que ella no está en la casa porque el lugar es pequeño y ella no se ve por ningún lado. Luis no deja de preguntar por ella, mi papá dice que tuvo que salir. Es raro, siempre que nos vamos a pasar el fin de semana con mis abuelos ella nos despide. Supongo que está bien, siempre que están los dos en la casa se pelean.

Mi papá abre la puerta y aprovecho que Luis fue a buscar a mi mamá por toda la casa. Tomo mi mochila y corro al auto de mi papá para ganar el asiento de enfrente.

—¡Bruno! —Luis me grita desde la puerta de la casa

—Te gané, vete atrás. —Me río porque ganar el asiento delantero siempre es una competencia y me gusta ganar.

Él me mira con enojo, después se ríe y se sube corriendo a la parte de atrás. Cuando mi papá sube a Mateo y enciende el auto me siento como un perrito de paseo.

Las llantas empiezan a reducir la velocidad y se escuchan las piedras y ramas de la entrada mientras son aplastadas por el auto. Mi

corazón se acelera y brincó fuera del auto tan pronto como puedo. Corro a la puerta principal y antes de llegar soy abordado por mi abuelo, que me levanta en sus brazos y me lanza en el aire. Él siempre hace eso, me gusta.

—Has crecido desde la semana pasada. Estoy seguro de que eres el niño de 10 años más alto y guapo de Argentina.

—Diez y medio —lo corrijo. Mi abuelo olvida que mi cumpleaños fue hace meses, el 3 de mayo.

Él se ríe y me hace reír también. La hacienda siempre huele a plantas, tierra mojada y frutos. Mi abuela está haciendo algo en el horno, huele a plátano. Todos los fines de semana que dormimos en la hacienda ella nos hace un postre diferente. Me gusta estar aquí, me dejan correr, jugar con los perros y mi abuelo me compra el cereal que me gusta. No el que le gusta a Mateo, ese sabe a cartón, compran el que me gusta a mí.

Mi papá se acerca a despedirse de nosotros, besa mi mejilla y respira su cabello. Huele a mi casa, es un olor raro. La casa de mi abuela nunca huele así, huele mejor. Los ojos de mi papá están rojos, creo que necesita dormir, o quizá se bañó y le cayó jabón.

Ese fin de semana como tanto pan de plátano que mi estómago me duele. Mi papá no regresa por nosotros y el lunes mi abuelo nos lleva a la escuela. Cuando él llega por nosotros por la tarde y nos lleva de regreso a la hacienda me siento como el niño más feliz de Argentina. Luis no deja de preguntar por mi mamá.

Mi papá llega esa noche a la hacienda. Ya estábamos en pijama, a punto de dormir. Me pongo a llorar y patalear en la habitación porque no me quiero ir. Él se sienta con mis abuelos en la sala de estar. Luis baja las escaleras y yo voy detrás de él.

—Mateo ya está dormido. —Mi abuela tiene una cara que no había visto antes en ella. Está molesta, las venas de su cuello se botan.

—Me llevaré a los otros dos en lo que pienso que hacer. Voy a buscarla para que se los lleve con ella, no puede dejarlos aquí.

—No te vas a llevar a nadie. —Mi abuelo está recargado en sus rodillas. Sus piernas se ven muy largas, quiero ser tan alto como él cuando crezca.

—Mi abuela nos voltea a ver y se asusta. Se levanta del sillón y camina a tomarnos de la mano para regresarnos a la cama.

—Mientras vamos de regreso logro escuchar una parte de lo que mi abuelo dice.

—El día que llegues a esta casa y no huelas a tabaco y...

—Llegamos a la habitación. Mi abuela nos arropa y siento mis párpados pesados. Froto mis pies uno contra el otro, las calcetas son suaves y me arrullan.

—Abuela, ¿cuándo va a venir mi mamá? —La voz de Luis se escucha fuerte, o quizá ya estaba dormido y me despertó.

—No lo sé. Pero ustedes se van a quedar con nosotros un tiempo. Van a vivir en la hacienda y les decoraremos su propia habitación.

—Luis levanta sus manos en el aire y yo hago un baile de celebración mientras sigo acostado. Cuando mi abuela me besa la frente, cierro los ojos y dejo de escuchar el ruido de los demás. Estoy cansado y feliz.

Me desperté de un salto cuando mi celular timbró. Contesté sin ver, mientras los martillazos en mi cabeza se hacían más fuertes. No sabía cuánto había dormido, pero no había sido suficiente.

—¿Dónde estás? —La voz de Cecilia es tan fuerte que necesito alejar el celular de mi oreja—. Te estoy buscando.

—Estaba dormido.

—¿Dormido? ¿Te sientes bien? Si hay algo que tú nunca haces es dormir suficiente, Bruno.

—Lo sé, pero la pesadilla humana me despertó hoy.

Ella se rio unos segundos. Cuando recobró el control habló:

—¿Puedes ayudarme con el almacén que tienes en la habitación que alquilaremos?

Respiré pesadamente. Podía quejarme y negarme, pero ¿qué punto tenía? Accedí, colgué y me fui directo a la habitación. Desempolvé las cajas, limpie el área y ayude a Cecilia a cambiar la ropa de cama. Ella estaba emocionada, yo no. Yo sería quien soportaría a esta persona todos los días de su estadía, ella solo un rato. Hice un gran esfuerzo por fingir que no me importaba lo que sucediera con el inquilino y que estaba completamente neutro, porque una parte de mí pensaba que cuanto más odiara al inquilino Cecilia más lo traería a la conversación, para molestarme o para retarme a que lo tratara de la mejor manera. Eso no iba a suceder, pero no discutiría con mi familia por ello.

—Quizá deberíamos llevar estas cajas a tu habitación en lo que resolvemos donde guardarlas —opinó Cecilia.

La observé esperando que se diera cuenta de que no quería que nada de ese *negocio* alterara mi vida.

—Irán al cuarto donde la abuela guarda todas sus cosas para tejer. Esperemos que después de este inquilino lleguen muchos más. —Me miró con sus cejas alzadas, retándome.

—Eres un fastidio. —La despeiné, más para mi placer, yo sabía que ella odiaba que le hicieran eso.

—Aléjate de mí, qué molesto eres —se quejó, pero ella estaba divertida—. Gracias por ayudarme. —Me abrazó de un costado—. Sé que es difícil y odias la idea de tener a alguien aquí. Te quiero, Bruno.

—Lo sé. También yo a ti. Más cuando me dejas dormir. —le sonreí—. Vamos a cenar, muero de hambre. —Palmeé su brazo.

Mi carácter a veces no ayudaba. Quería idear una manera de alejar al inquilino de mi hogar, pero no alejaría a mi familia de mí solo por él. Había tomado un fuerte respiro y accedí a todas las peticiones de Cecilia, aun cuando sabía lo que eso representaba. Finalmente, decidí cenar tranquilamente y no pensar en nada más, pero no pude; cada vez que mordía mi sándwich pensaba en mi sueño y revivía mi infancia. Desde que mi abuelo murió, recordar la vida cuando él estaba era doloroso y raro. En un parpadeo había pasado de ser un adolescente a quedar frente a mi casa. Luis se había ido a Buenos Aires y Mateo era muy pequeño para poder hacer algo. A veces sentía que había madurado de un día a otro. Me había perdido de mucho, aunque no había nada que extrañara o necesitara realmente.

Desde que mi papá decidió salir por el mundo a hacer lo que nunca había podido hacer mientras estaba casado, yo decidí quedarme a cargo de la siembra, la casa y mi abuela. Había sido la mejor decisión que había tomado. Mateo y yo estábamos bien. Luis, él era una historia totalmente diferente. Era estúpido, él y sus resentimientos eran estúpidos, era el mayor y debía ser el que mejor tomara todo el tema, pero se había alejado tan pronto había podido. Consiguió un trabajo en Buenos Aires y no tenía interés en volver, yo tampoco en que lo hiciera.

Me repetí varias veces que todo estaba en orden, entonces me relajé.

—¿Cómo va la boda? —Mateo lo preguntó para rellenar el silencio.

Marcos levantó sus manos y las estrelló contra sus costados. Todos nos reímos porque sabíamos lo que eso significaba; planear una boda con Cecilia debía ser una pesadilla. Marcos estaba en la hacienda para pasar el rato y llevarse a Cecilia a casa. Su estadía había sido mayormente para torturarme con el nuevo inquilino y dejar todo listo. Aun cuando sabía que ella podía ser un fastidio, me molestaba la idea de que se fuera. Al menos Mateo se quedaría ese fin de semana.

—La verdad, me emociona una vida con Cecilia. Llevamos muchos años juntos y creo que siempre fue muy obvio que ella y yo estaríamos juntos. —Levantó sus hombros.

Si no lo conociera mejor, pensaría que él estaba obsesionado. Luché con mi mente para ahuyentar los pensamientos de que sus sentimientos eran fugaces y pasajeros. El amor eterno no existía.

—Quizá deberíamos buscarte a alguien, Bruno. —Me observó mi hermano mientras se acababa su tercera cerveza.

—Estoy bien —negué.

—Creo que necesitas a alguien que te haga cambiar de opinión —opinó Marcos.

—Para que nos dejes de ver como idiotas —agregó Mateo.

—Son idiotas. —Los señalé con la mano en la que sujetaba la cerveza.

—Eso crees, niñita. —Mateo me comenzó a golpear del estilo de peleas que solíamos tener cuando éramos niños—. Ven aquí, nena. Un día encontrarás a alguien que te hará ser más niña de lo que ya eres.

Dejé mi botella de cerveza en el marco de la ventana y esquivé sus golpes.

—Tú eres una niña. —Lo imité cuando hablaba por teléfono con su novia y provoqué que me propinara más golpes.

—Ustedes dos son unos niños. —Cecilia estaba recargada en la puerta, con Camila a su lado—. Bruno, Alison acaba de llegar, me envió un mensaje.

¿Qué rayos hacía Alison ahí? Se suponía que solo estaríamos nosotros. Observé a Cecilia en busca de una explicación, quizá ella la había invitado. No obtuve respuesta.

Ella estaba mordiendo su labio inferior, sus brazos cruzados mientras se recargaba en el marco de madera de la puerta trasera. Me examinaba con la mirada como si pudiera atravesarme con un láser que saliera de sus ojos. Estaba enojada y ofendida, no era difícil de descifrar. Asentí y caminé a la puerta. Cuando pasé junto a ella, no se movió ni me miró.

Salí a la entrada principal y encontré a Alison bajando del auto de su mamá. El vehículo no estaba mal, ni era viejo, estaba bien cuidado y era bastante decente. Me irritó verla ahí, pero pensé que, quizá, se iría pronto.

—¿Qué sucede? —la recibí, impresionado por su aparición.

—Decidí pasarme a saludarte y ver si querías estar un rato conmigo.

—Estoy algo ocupado —señalé al interior de la casa.

—Cecilia mencionó algo en su Facebook, pero pensé que querías verme. Yo quería verte —pasó su mano por mi hombro—, podríamos pasar el rato y la noche juntos. Mi mamá está... —levantó sus hombros—, no sé, pero no volverá hoy.

—La verdad es que estoy ocupado. Te invitaría a que pasaras un rato con nosotros, pero no quiero, en verdad estoy ocupado en otras cosas, dudo que pueda estar contigo. Sería injusto que te dejase sola. —Era mentira, pero ella no lo sabía

—Cualquier momento que pueda estar contigo es bueno.

¿No entendía el no? Estaba muy irritado por su aparición.

—Claro. —Me aparté de la puerta para que pudiera pasar.

—Entré con ella a la cocina y observé por unos segundos a Cecilia, aún en el marco de la puerta. Estaba enojado y seguramente en mi expresión eso era evidente: «¿Estás feliz?».

La noche pareció malditamente eterna, no encontraba el momento para que Alison se fuera y dejara de rondar a mi alrededor, pasándome las manos por el pecho o los hombros, me tenía fastidiado. Cuando al fin decidió irse, su despedida fue al menos lo mejor de la noche, me hizo olvidarme de mis problemas. Siempre era bueno besar a Alison. Hacía las cosas más relajadas.

—¿Por qué invitaste a Alison? —Asesiné a Cecilia con la mirada, estaba harto de que quisiera conseguirme novia. Alison era la menos indicada en todo caso—. Esto de ti intentando conseguirme pareja se está haciendo aburrido y predecible.

—Yo no la invité. —Parecía más irritada que cuando ella llegó—. No sé quién le dijo que estaríamos aquí, pero definitivamente yo no la quería aquí.

—Lo supo porque todo lo publicas en internet. —Ella levantó las cejas y después regresaron a su lugar, asintió y entornó los ojos.

Ella no dijo nada y tampoco yo. Cuando una pregunta llegó a mi cabeza, la solté sin importar:

—¿Qué ocurrió con ustedes? Tú hablabas de ella todo el tiempo. Eran amigas —pregunté fastidiado. Sus pleitos no eran algo que me emocionaran.

Ella tomó un respiro profundo antes de hablar.

—Está diciendo por ahí que tú y ella tienen algo, como una relación o algo similar. Yo sé que no es verdad, pero dice cosas muy... —Guardó silencio un rato, buscando la palabra—... que tú y ella tienen una relación muy íntima. Eso no es justo para ti. Eso no es cierto.

Negaba tan rápido con la cabeza que su cabello se movía de lugar. Era muy gracioso, como ponerla en cámara rápida.

—Cecilia... —No le pensaba dar detalles sobre mi vida privada. Alison y yo teníamos una relación..., yo no la definiría como íntima. Me gustaba su compañía cuando necesitaba una distracción. Me irritaba que ella lo anduviera diciendo frente a mi prima. Yo no la quería de esa forma.

—No, Bruno. De verdad me molesta lo que está haciendo. Tú no tienes algo con ella, ¿verdad?

—Cecilia, las peleas entre ustedes son... —medité la palabra un segundo—... no son de mi interés. Si es tu amiga, háblale, perdónala y, no sé, arréglense.

—Estamos hablando de mi familia, ella está hablando de mi familia. —Elevó su voz—. Si habla eso de ti..., ella no es confiable. —Sus ojos escanearon un punto de mi camisa—. Además, es una puta.

—Tranquila —reprimí una sonrisa. Verla enojada era como ver un perro diminuto dispuesto a atacar.

—Arregla esto, habla con ella —me señaló.

—Lo intentaré. —Asentí y no pude reprimir mi risa más tiempo.

—¡En verdad, habla con ella, Bruno! —me señaló con el dedo de nuevo.

Desperté antes de que amaneciera. Me esperaba un día más de trabajo. Me di una ducha rápida, me metí mis pantalones de mezclilla y bajé las escaleras a toda velocidad. Desayuné junto a mi abuela, ella no paraba de hablar del nuevo inquilino. Entendía que se sintiera sola, la casa era muy grande y ella no siempre tenía mucha compañía, pero poner el espacio restante de la casa en internet era estúpido. A ella le hacía feliz y no podía hacer mucho más al respecto. Esperaba que quien se quedara odiara el lugar.

Trabajé algunas horas, sintiéndome más cansado que de costumbre. No sabía si era el trabajo, tener a Cecilia y Marcos de visita en la casa en los últimos días o simplemente el hecho de estar cansado de escuchar del inquilino, pero algo me tenía muy cansado. Necesitaba un respiro de algo, pero no tenía idea de qué. Realicé algunos trabajos en el centro de la ciudad, tomé el auto y me dispuse a tardar más de lo habitual para ver si podía relajarme un poco, amaba la ciudad. Estaba viviendo en el lugar adecuado para mí, no hubiera podido escoger un lugar mejor para vivir que Argentina ¿Qué otro lugar lo tiene todo?

Mi familia era un poco conocida en la ciudad por mi abuelo, había sido una gran persona, era muy difícil trabajar al igual que él y no enfrentarme a críticas, yo estaba solo, trabajando por mi cuenta e intentando mantener viva la siembra y mi casa. Mateo siempre había dicho que me ayudaría en el momento en que terminara la universidad, estaba estudiando una carrera relacionada con la agricultura y estaba dispuesto a dedicarse a ello, pero no

sabía si eso era del todo cierto. Él tenía ideas de establecerse en otro lugar.

Yo nunca me había querido separar de la hacienda. Había asistido a una universidad local para no alejarme de mi familia, asumir responsabilidades con mis abuelos y con el trabajo, no tiraría eso a la basura por asistir a una universidad lejos, como Mateo. El trabajo más grande de la vida de mi abuelo no iba a morir con él.

—¿Qué pasa? —respondí rápidamente después de que mi celular timbrara menos de tres veces al ver que era el número de Mateo. Estaba avanzando en un semáforo en verde. Me incliné a la orilla y estacioné.

—Estaba hablando con Camila. ¿Qué te parecería ir a Buenos Aires este fin de semana? Ella necesita ir a unas cosas y la acompañaré. Podemos pasar a ver a Luis.

—No puedo, estoy ocupado —contesté rápidamente al saber que las verdaderas intenciones tenían que ver con Luis.

—Bruno... —La voz de mi hermano cambió del entusiasmo a la decepción.

—De verdad, el trabajo no se levantará solo —me excusé.

—Sabes que puedes tomarte dos días libres. Puedes pagarle a alguien para que se ocupe solo dos días. Tenemos conocidos, hay muchos trabajadores.

—No me emociona ir, lo siento. Ve solo con tu novia.

—Vamos, Bruno, Camila necesita ir y mi abuela no me perdonará si voy a Buenos Aires y no llego con Luis. No me dejes solo.

Su voz de súplica me molestaba, pero ver a Luis era una tortura peor.

—No.

—No seas un hijo de puta, Bruno.

—Creo que el único hijo de puta aquí es él. No iré, ve tu solo.

—Debes pasar página de esto, Bruno.

En ocasiones Mateo resultaba ser el más maduro de los tres. Después del divorcio de mis papas y la muerte de mi abuelo todos habíamos asumido actitudes diferentes. Yo me había convertido en el encargado de la casa, Luis se había salido del camino y había tomado la primera oportunidad para apartarse de todos y Mateo se había convertido en la voz de la razón. Siempre parecía meditar las cosas dos veces más de lo que debía, era extraño cuando tomaba una mala decisión.

—Él debe pasar página, darse cuenta de que nadie tiene la culpa de sus estúpidos problemas, seguir adelante y visitar a su familia. Está rodeado de personas que no son su familia y nunca se interesarán realmente por él.

—Lo sé —aceptó él—, pero aun así es nuestro hermano. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste? Ha pasado más de un año.

Decidí cortar la conversación de raíz porque no estaba interesado en seguir con ese tema. Respiré hondo y contesté:

—No iré.

—Está bien —accedió él al fin—. Si cambias de opinión...

—Si, sí, sí. —lo interrumpí—. Adiós.

—Ayer tu prima me preguntó si estábamos saliendo, yo le dije que sí —dijo Alison sentada en el asiento de copiloto.

—¿Por qué le dijiste eso? —pregunté desinteresado. Yo sabía que Cecilia tarde o temprano abriría su boca en un intento de salvar mi reputación y quizá era hora de dejar claras mis intenciones con Alison.

—Porque estamos saliendo. —Levantó los hombros y pestañeó a una velocidad récord mientras me miraba.

Lamí mi labio inferior y lo atrapé con el superior mientras pensaba que decir después.

—¿En serio? —susurré desinteresado.

—Sí. ¿Cómo llamas a esto? —Me señaló con su dedo índice y después lo dirigió a su pecho—. Me llamas, pasas por mí y estamos juntos: es obvio que salimos.

—Creo que estás confundida —respondí sin ganas. No quería esa conversación con ella, pero parecía inaplazable, dada su insistencia de nombrarse mi pareja.

—¿Cómo? —Giró de manera dramática a verme a la cara y vi cómo sus facciones cayeron, su boca se abrió un poco y sus cejas se levantaron. Parpadeó un par de veces antes de que yo supiera qué decir. Supe entonces que no había dicho lo correcto, para el manual mental de una mujer al menos.

—Tú y yo nos divertimos juntos. Somos jóvenes. Cualquiera de los dos puede decidir coger con alguien más y eso estaría bien. —Levanté mis hombros.

—¿Te gustaría que me divirtiera con alguien más, Bruno? —preguntó ofendida.

Pensé en la posibilidad de tener a Alison tanto como la tenía en ese momento sin tener que preocuparme por salir con ella, verla todos los días o darle la atención que tanto pedía. El pensamiento en mi cabeza era emocionante y sonreí ante ello. Parecía la respuesta a todos mis problemas.

—No te obligaré a estar en un lugar donde no quieras estar. Si te quieres divertir con alguien más, no te forzaré a estar conmigo. —Intenté sonar tranquilo y reprimí mi sonrisa de esperanza. Quizá ella ya quería salir con alguien y estar conmigo solo a ratos. Ella negó lentamente con la cabeza y miró el camino frente a nosotros por un rato. Sabía que ya la había lastimado, de alguna forma.

—De acuerdo —contestó y no habló por el resto del camino.

Ella estaba enojada, pero ¿qué podía hacer? Nada.

Estacioné el auto afuera de los departamentos en los que Alison vivía, imaginando que lanzaría la puerta de una patada y bajaría corriendo, llorando y alegando que había lastimado sus sentimientos o quizá simplemente desatando el infierno, por lo que le dije:

—No me estás obligando a estar contigo —dijo mientras abría la puerta de su lado—. Si me quieres a tu lado solo dilo —agregó observándome profundamente. Estaba esperando una respuesta.

Guardé silencio un momento, no sabía qué decir, no era la respuesta que esperaba.

—Está bien, sé que me quieres contigo y te da miedo admitirlo. Te conozco, Bruno. —Puso su mano sobre la mía y me besó intensamente, metiendo su lengua en mi boca—. Llámame —dijo antes del bajar del auto.

«¿QUÉ MIERDA ACABA DE PASAR?»

Su reacción no la esperaba, ni me emocionaba. No me parecía extraño de ella, solía ser muy fácil, pero esperaba una respuesta totalmente diferente a esa. Al menos ahora ella tenía claras mis intenciones.

Regresé a casa antes de que la lluvia pasara de ser un leve goteo a torrencial. Esa noche tuvimos un bajón de luz. Agradecí que Cecilia hubiera regresado a su casa, era la única que podía hacer un escándalo por quedarse a oscuras en la hacienda.